

En casi todo el mundo las bibliotecas están bajo asedio, a veces porque no se entiende su función, a veces porque la miopía administrativa las hace padecer recortes presupuestarios, pero quizá la principal amenaza estriba en que ellas mismas no han sabido explicar y defender su principal razón de ser. He aquí una sensata apología de esta milenaria institución a cargo de uno de los mayores estudiosos de la cultura del libro.

ARTÍCULO

Reinventar la biblioteca

ALBERTO MANGUEL

Según narra Platón en el *Timeo*, cuando el estadista Solón, uno de los hombres más sabios de Grecia, visitó Egipto, un viejo sacerdote le dijo que los griegos no eran más que niños, pues carecían de verdaderas tradiciones antiguas y de conocimientos “encanecidos por el tiempo”. En Egipto, continuaba el sacerdote con orgullo, “desde antiguo registramos y conservamos en nuestros templos todo aquello que llega a nuestros oídos acerca de lo que pasa entre vosotros, aquí o en cualquier otro lugar, si sucedió algo bello, importante o con otra peculiaridad”.

Esta aspiración colosal se consolidó bajo la dinastía ptolemaica. En el siglo III a.C., más de 50 años después de que Platón escribiera sus diálogos, los reyes ordenaron que se reuniera todo libro que hubiera en el mundo conocido y se colocara en la gran biblioteca que habían fundado en Alejandría. A excepción de su renombre, no se sabe casi nada de ésta: ni su ubicación —quizá era una sección del museo—, ni el uso que se le daba, ni siquiera cómo llegó a su fin. Aun así, la Biblioteca de Alejandría, uno de los fantasmas más célebres de la historia, se convirtió en el arquetipo de todas las bibliotecas.

Las bibliotecas pueden tener formas y tamaños incontables. Pueden ser como la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos o tan austeras como la del campo de concentración de niños en Auschwitz-Birkenau, donde las niñas mayores se encargaban de los ocho volúmenes que debían esconderse cada noche para evitar que los guardias nazis los confiscaran. Se pueden construir bibliotecas con libros encontrados en la basura, como el Yiddish Book Center en Amherst, Massachusetts —construido por el joven de 24 años Aaron Lansky a partir de volúmenes desechados por las generaciones más jóvenes, las cuales ya no hablaban la lengua de sus mayores—, o se pueden catalogar en la mente de sus lectores exiliados, con la esperanza de resurrección, como es el caso de las bibliotecas saqueadas por los soldados israelíes en los territorios ocupados de Palestina. La naturaleza de las bibliotecas es adaptarse al cambio de las circunstancias y a las amenazas, y todas las bibliotecas viven en el peligro constante de ser destruidas por guerras, plagas, incendios, agua o idioteces burocráticas.

Sin embargo, el principal peligro que afrontan ahora no surge de amenazas de este tipo, sino de cambios mal planeados que pueden convertirse en la causa de que pierdan su papel triple: el de guardianas de la memoria de nuestra sociedad, el de proveedoras de relatos de nuestra experiencia —así como de herramientas para navegarlos— y el de símbolos de nuestra identidad.

Desde los tiempos de Alejandría, las bibliotecas han cumplido una función simbólica. Para los reyes ptolemaicos, la biblioteca era un emblema de su poder. Con el tiempo, se volvió símbolo general de una socie-

dad entera, un espacio luminoso donde los lectores podían aprender el arte de la atención, el cual, según Hannah Arendt, es una definición de la cultura. No obstante, desde mediados del siglo XX las bibliotecas ya no parecen tener este significado simbólico, sino que se tienen por simples almacenes de una tecnología supuestamente caduca y no se consideran dignas de ser financiadas ni preservadas adecuadamente.

El número de bibliotecas ha ido en descenso en la mayor parte del mundo anglosajón —pero no de manera significativa en la mayoría de los países latinoamericanos—. En el Reino Unido se han cerrado aproximadamente 350 bibliotecas en la última década. En Canadá, el ex alcalde Robert Ford amenazó con cerrar las bibliotecas públicas de Toronto que se salvaron *in extremis* gracias a una campaña dirigida por Margaret Atwood. En los Estados Unidos, aunque la cantidad de bibliotecas desaparecidas no es notablemente grande, las bibliotecas públicas han visto mermadas sus reservas y han sufrido recortes de presupuesto, de personal y de horarios de servicio.

Aun así, las bibliotecas son resilientes. En su intento por sobrevivir en una época en la cual la actividad intelectual ha perdido prácticamente todo su prestigio, se han convertido en grandes centros sociales. Hoy en día, la mayoría de ellas se usan más como refugios contra climas severos y para encontrar trabajos en línea que para pedir libros prestados, y es admirable que los bibliotecarios se presten a ofrecer estos servicios realmente necesarios que normalmente no corresponden con la descripción de su puesto. Se podría esbozar una nueva definición del papel de los bibliotecarios al diversificar el territorio bajo su mandato, pero tal reestructuración también debe garantizar que su función principal, la de guiar a los lectores hacia los libros, no se olvide.

Las bibliotecas siempre han sido más que un lugar donde los lectores van a leer. Sin duda, los bibliotecarios de Alejandría coleccionaban otras cosas además de libros, tales como mapas, obras de arte o instrumentos, y es probable que los lectores no sólo acudieran a consultar libros, sino también a lecturas públicas, a conversar entre ellos, a enseñar y a aprender. Pero incluso así, la biblioteca permaneció principalmente como un lugar en el que se almacenaba todo tipo de libros para ser consultados y para preservar las antiguas tradiciones y “conocimientos encanecidos por el tiempo”. Otras instituciones, tales como hospitales, asociaciones filantrópicas o gremios, desempeñaban las tareas complementarias necesarias en una sociedad civilizada.

Los bibliotecarios contemporáneos se ven obligados a asumir una variedad de funciones que su sociedad no cumple por avaricia o desdén, y el uso de sus escasos recursos para cumplir con esas obligaciones sociales esenciales disminuye los fondos con los que cuentan para adquirir libros nuevos y otros materiales. Pero una biblioteca no es un refugio para personas sin hogar (en la biblioteca St. Agnes de Nueva York fui testigo de cómo un bibliotecario le explicaba a una usuaria por qué no podía dormir en el suelo), no

es guardería ni parque de diversiones (la Seneca East Public Library en Attica, Ohio, ofrece *pijamadas*), tampoco proveedor principal de apoyo social y atención médica (servicios que, sin embargo, los bibliotecarios estadounidenses ofrecen habitualmente).

Todas estas actividades son benéficas y apropiadas, además de que podrían devolver a las bibliotecas su papel central en la sociedad, pero debemos estar preparados para invertir más recursos en el sistema, y no al revés, para hacer que su reinvencción sea posible. Los bibliotecarios no están entrenados para ejercer funciones de trabajadores sociales, cuidadores, niños o médicos. Todas estas labores adicionales dificultan, si es que no imposibilitan, que los bibliotecarios trabajen como bibliotecarios, es decir, que revisen que las colecciones permanezcan coherentes, hagan pasar los catálogos de las editoriales por un tamiz, ayuden a los lectores a leer y lean ellos mismos. Las nuevas funciones que se les han impuesto son las obligaciones que toda sociedad civilizada tiene con sus ciudadanos y que no deberían asignárseles de forma irresponsable. Si cambiamos el papel de las bibliotecas y los bibliotecarios sin preservar la centralidad del libro, nos arriesgamos a perder algo imposible de recuperar. La primera medida que se toma en todas las crisis económicas es el recorte a los presupuestos de cultura. Pero el desmantelamiento de nuestras bibliotecas y la transformación de su naturaleza no es sólo un asunto económico. En algún momento de nuestra época, comenzamos a olvidar el significado de la memoria, individual y colectiva, así como la importancia de los símbolos comunes que nos ayudan a entender nuestra sociedad.

Para que las bibliotecas, además de depositarias de la memoria de la sociedad y símbolos de su identidad, puedan ser el núcleo de centros sociales ampliados, los cambios deben efectuarse de manera consciente desde una institución intelectualmente sólida que reconozca su papel ejemplar y que nos enseñe lo que los libros pueden hacer: mostrarnos nuestras responsabilidades recíprocas, impulsarnos a cuestionar nuestros valores y debilitar nuestros prejuicios, darnos el valor y el ingenio para continuar viviendo juntos, así como proveernos de palabras que nos permitan imaginar tiempos mejores. El historiador griego Diodoro Sículo relata que la entrada a una de las antiguas bibliotecas que vio en Egipto tenía inscritas las palabras “Clínica del alma”. ◀

Este artículo apareció en The New York Times el 23 de octubre de 2015. © 2015, The New York Times. Lo reproducimos aquí con autorización de los editores.

Traducción de Bárbara Pérez Curiel.

Alberto Manguel, escritor, traductor y editor canadiense nacido en Argentina, es autor de El viajero, la torre y la larva. El lector como metáfora. Actualmente dirige la Biblioteca Nacional de Argentina.